

## MI ÚLTIMO ADIÓS

La puerta de la habitación se abrió lentamente, la luz tenue que salía del pasillo se adentró en la penumbra del espacio en el que me encontraba. Los pasos que retumbaban en el umbral, aunque estruendosos, se escuchaban débiles, inseguros, tambaleantes. No era la primera vez que los escuchaba, sabía lo que significaba aquella interrupción a las 4 de la mañana que cada vez era más constante, y que también hacía que cada noche fuese mi peor pesadilla. Sentí como el olor a tabaco y alcohol poco a poco iba expandiéndose por toda la estancia a la vez que un angustioso sabor a bilis me recorría la garganta. El único pensamiento que rondó en mi cabeza en ese momento fue: ¿con qué será esta vez? Mi pregunta tardó apenas 5 minutos en ser respondida: la correa que llevaba puesta. Instintivamente, creo que por el miedo que llevaba habitando en mí durante tanto tiempo, cerré los ojos y me abandoné a mi suerte, a las malas descubrí que oponer resistencia tan solo serviría para aumentar mi condena. Me di cuenta de que mi piel ya no era suave y pura como lo habían sido en años anteriores, cuando rebosante de energía estaba dispuesta a comerme el mundo. Ahora se había vuelto una mezcla de colores y cicatrices que me recordaban que a veces las cadenas no son solo físicas, que no hace falta llevar grilletes para estar encadenado. Se me pasaron millones de recuerdos por la cabeza, todos ellos felices, de tiempos atrás en los que la persona que acaba de cruzar esa puerta me hacía volar hasta la luna y creer que una vida allí podría ser posible. Ahora creo que mi vida debió acabar en el momento en el que accedí a compartir ese viaje con él. Y entonces, cuando mis lágrimas empezaron a brotar, como si lo hubiese calculado para que ocurriese en el instante exacto, comenzaron los latigazos. Uno, dos, tres... a partir de diez perdí la cuenta, quizás porque en el fondo sabía que era inútil contar hasta el infinito. Hasta ese momento nunca fui consciente de las consecuencias letales que podía llegar a ocasionar el miedo. Te paraliza, te frena tus instintos más primarios, te quita de ser la persona que eres. Nunca llegas a sentir un dolor tan opresivo como cuando tienes miedo. Ni incluso cuando sientes el siguiente golpe sobre el anterior, o cuando tragas con el sabor ácido de la sangre. Nada es comparable al miedo. Miedo a saber cuando será la próxima vez, miedo de volver a casa, miedo de no saber si al siguiente día serás capaz de levantarte respirando, miedo simplemente de vivir. Aunque quizás no debería mirarlo así, quizás por el simple hecho de que la culpable de esto soy yo. Porque antes tenía la creencia de que no hacía nada bien, ahora es una certeza, sino no haría esto por mí. Lo hace para corregirme, para arreglarme, aunque no sé cómo pretende reconstruir un cuerpo, un alma, que él mismo se ha encargado de ir rompiendo pedazo a pedazo... Pero soy yo, yo tengo la culpa, yo me lo merezco.

Cuando fui a darme cuenta, los golpes cesaron. Debieron de acabar hace rato porque ni siquiera estaba en la habitación cuando fui capaz de abrir los ojos. Se había vuelto a ir, había vuelto a desaparecer, y me había vuelto a dejar sola y malherida en la cama. Y no hablo solo físicamente. Me costaba respirar, por los golpes y por la ansiedad galopante que empezaba a correr por mi pecho, antes morado, ahora ensangrentado, igual que mi espalda, mis manos, mis muslos... Pero por increíble que suene, no dolía, no de la misma manera que dolía el seguir en esa casa. No de la misma manera que dolía seguir hacia delante. Porque es difícil vivir encerrado en una pereza que hace aguas tan lentamente que sabes que tarde o temprano te vas a acabar ahogando, pero no sabes cuando. Pero es más difícil aún ser consciente que te está dejando morir la persona que te daba la vida con esas mismas manos que ahora no dudan en golpear hasta la última parte erguida que quede de ti.

Con los ojos todavía rojos por las lágrimas que había derramado, fui directa al baño para quitar el rastro de golpes visibles que aún quedaban en mi. Y una vez más, al mirar mi imagen reflejada en el espejo, no sentí nada. Nada excepto unas ganas irrefrenables de acabar con todo lo antes posible. No más golpes, no más gritos, no más miedo. Así que cogí una hoja de papel, una hoja en la que 7 años de dolor y sufrimiento quedarían reflejados en unas simples palabras vacías para la persona que la encontrase. Y mi mano, como si estuviese desbocada, comenzó a escribir todo lo que mi boca no era capaz de gritar al mundo:

“ Para la persona que lea las siguientes líneas:

No entenderás lo que vas a leer, no puedes, no lo has vivido. Pero si tienes esta carta entre tus manos es porque yo sí lo he hecho, y simplemente estoy cansada de hacerlo. No puedo con un dolor que me asfixia cada día pero del que soy incapaz de desengancharme. No puedo ser mejor porque alguien como yo no puede cambiar, y tampoco merezco alejarme porque nadie merece gastar su tiempo a mi lado. Pero ya no puedo despertarme más en una vida que no quiero y en un cuerpo que no se mantiene en pie. Llevo mucho más tiempo muerta del que yo pensaba. Cada golpe, cada palabra, cada cicatriz me ha ido apagando. Y ha llegado el momento de decir adiós.

**Paula Fernández. ”**

Y temblorosa pero más calmada que nunca, dejé la hoja sobre la cama aún manchada y volví al baño. Cerré la puerta con llave y abrí el grifo. Mientras el agua caía recordé unas palabras que me dijo tiempo atrás: “juro que te mataré, lo prometo”. Y finalmente lo había conseguido, una vez más iba a dejarle ganar como en tantas partidas que él libró por mi. Pero me daba igual, porque al final la vencedora de la batalla iba a ser yo. Cuando el agua terminó de llenar la bañera, metí mi cuerpo maltratado dentro y me dejé caer. Sumergí la cabeza lentamente y una sensación de paz comenzó a inundarme. Entonces me di cuenta que por fin volvería a ser feliz.